cibir el golpe en el escudo, y en este punto despertó el enano que durmía, y por contar tantos males asta ber lo que se havía de hacer en aquel casso, en este punto y postura los encantó a todos dexándolos así; y yo tanvién despierto del pesado sueño de todas estas invenciones y perdonadme asta la segunda parte d'esta gran crónica en la cual os prometo de acabar todo lo que aquí queda començado y lo otro y lo que se hiciere. Sea a gloria y onra de Nuestro Señor Jesucristo, el cual con el Padre y Spíritu Santo reina por todos los siglos. Amén.

Fin del cuarto libro de la primera parte de la Corónica de don Mexiano de la Sperança, llamado el Caballero de la Fe.

Acabóse año de 1583, a 11 de diciembre, día de San Dámaso, Papa. (último folio).

### 6. Soneto laudatorio dirigido al lector, compuesto por Agustín de Mora, comisario de provisión de la Armada del Rey

*Soneto*

*Doctrina, erudición, cortessanía,*
*la raçón y el amor conforme y junto,*
*el arte militar puesto en su punto,*
*carta de mareantes, norte y guía.*
*Ingeniosos conceptos de poesía,*
*de la vida política el trasumpto,*
*las gracias de cualquiera no difunto,*
*de decendencias clara notomía.*
*Verá en el de la Fe, el que la tubiere,*
*que fuerça es que con él tenga esperança;*
*pues caridad se muestra en nueba traça;*
*quien alcança las tres, las cuatro espere,*
*do consiste la bien aventurança*
*de que goça su autor, el padre Daça.*
*(+que es Miguel Daça)*
(hoja final, sin numerar)

## 55. MORGANTE
(1533)

por
Patricia Faul y Folke Gernet

TESTIMONIO

a) Libro I
[1] Valencia, Francisco Díaz Romano, 1533 (16 de septiembre)

b) Libro II
[2] Valencia, Nicolás Durán de Salvanyach, 1535 [→]

TEXTO

### 1. Un personaje goliárdico: Margute

En el primero libro ya hos havemos contado cómo el emperador Carlos, por causa que el señor de Montalván

**Estudios**: Gómez Montero (1988 y 1996).

era ido a delibrar a su primo Roldán de la presión, que en el reino de Persia estava, tornó a regir y governar su imperio y reino de Francia; el cual, después de partido Reinaldos, y con él Oliveros y Ricardeto, la primera cosa que hizo fue embiar a Meridiana con toda su gente y ejército al rey Caradoro, su padre, regraciándole la honra que d'él havía recebido, assimesmo ofresciéndole mucha amistad; de la cual cosa fue la hermosa dama muy contenta, pues no estava en corte el marqués Oliveros, que allí la detenía, ca era ido con Reinaldos a Persia; y mucho d'él se quexava, porque assí la tenía olvidada, ignorando los grandes trabajos en que el buen paladín se vio, ausante d'ella. Morgante essomesmo, pues el conde Roldán, su señor, no estava en la corte, con desseo de le ir a buscar a servir, quiso acompañar primero a la hermosa Meridiana, cuyo servidor era, por servir al marqués Oliveros y a ella, y después buscar a su señor. Assí que, despedida del emperador Meridiana y puesta en camino, acompañada del valeroso gigante, su aguardador, en fin de muchas y grandes jornadas, llegaron a su tierra y presenta delante del rey Caradoro, su padre. Fue d'él muy bien recebida, y no menos Morgante, a causa que era muy bien querido en toda aquella tierra por los muchos servidos que al rey havía hecho. Y mucho holgavan con él cuando se acordavan de cómo havía traído al rey Mofredonio, embuelto en su tienda, por delibrar al buen paladín Dudón de la Maça de prisión. No curó aquí el rey Caradoro de pedir la muerte del gigante Verguto, su mensajero, porque ya era informado que aquello havía sido ordido y tramado por manos del traidor de Galarón, lo que se conformava por la carta que del conde de Magança havía recibido, que fue causa de embiar a Vertugo, el gigante, en Francia. Y mucho le pesó por haver assí tan ligeramente creído las palabras de Galarón, a causa que por ellas havía puesto en escrópulo la honra de su hija, como en el primero libro hos ha sido contado. Morgante, a quien las espuelas, que havía puesto, en su propio desseo reposar no dexavan, pidió licencia al rey Caradoro para ir a buscar al señor del cuartel; la cual concedida, se puso en camino; y la hermosa Meridiana, antes que partiesse, le rogó mucho que fuesse por él avisada de Oliveros dónde se hallava y el estado en qué estava y si por ventura havía tomado algunos nuevos amores con que a ella olvidasse. Todas aquellas cosas, no sin falta de amorosas lágrimas, la hermosa dama rogava y encarescía, como aquella que mucho amava y con tan justa razón amar debía, por ser Oliveros tan gentil y esforçado cavallero como era. Partido pues Morgante de Meridiana, después de haver por diversas partes caminado, una mañana, por descançar, se assentó sobre un gran canto, que en medio de un espesso valle estava, que muy cansado se hallava por haver el día antes travessado un grandíssimo bosque, sin haver comido, sino fueran algunas frutas, que en los árboles hallava, y yerbas del campo. Y mirando por el camino que havía seguido, vio de lexos por él venir un hombre asaz grande de cuerpo y muy escuro en el hábito que traía y dixo entre sí:

-No te conozco, pero yo sabré d'aquí a poco quién tú eres.

Y como llegasse a donde estava assentado, mil vezes lo estuvo mirando de pies a cabeça, porque assí en la figura y rostro y maneras de su persona parescía una cosa muy salvaxe y estraña y muy suzia, al cual dixo:

-Viandante, ¿cómo te llaman?

Y el caminante, con mucha desemboltura, le respondió:

-Margute tengo por nombre y muchas vezes, acordándome de los hombres tan grandes como vós sois, me tomó volun-

tad de ser gigante. Y cuando llegué a la meitad del camino, yo no pude más subir y por esso he quedado con esta disposición pequeña que veis, que no tengo más de siete braçadas en alto.

-Por mi fe, vos séais el bien venido, -dixo Morgante-, pues con vuestra venida habéis socorrido mi sed con este flasco de vino que traéis en la cinta, que dos días ha que no he gustado gota de vino ni de agua.

Y después que hubo bebido, le dixo:

-Yo entiendo de pagaros bien este servici, que me habéis hecho, si quisiérdes venir en mi compañía e ofréscohos que seréis de mí tratado como entre amigos se requiere. Por ende querría saber de vós si sois cristiano o moro; o si adoráis y créis en Cristo o en Apolinos o en Trivigante, en quien todos los moros adoran, honran y creen.

-Por mi fe, -respondió Margute-, no tengo ley alguna, ni miro más en lo tinto que en lo blanco, que mi verdadera creencia y fe es adorar en un buen capón cozido o assado; y más fe tengo con él cuando me lo traen a la mesa reboçado con lonjas de tocino o con manteca, especialmente si tengo hambre, que no en todos los santos del cielo, que nunca los conoscí. Adoro también en la cervesa a falta de buen mosto; y más en la enxuta y áspera, que no en la blanda y dulce. Y sobre todos los santos, en quien traigo más esperança es en el buen vino sin tenerse, en el cual ninguno pienso que puede ser sano ni salvo. Creo y adoro también en la torta y en la tortilla, porque son madre y hija. El paternoster, que los cristianos rezan con la lengua, rezo yo con los dientes y muelas, cuando, harto de aves, como por passatiempo los higadillos d'ellas. Éstos tengo yo por mis santos, porque mejor bebo con tres d´ellos que con uno sólo cuando la sed me aquexa. Y si Mahoma allá en su ley a sus secaces manda no beber vino y baldona a las que lo beben, por este mandamiento no solamente no lo tengo por profeta de dios, como los moros dizen, más por sueño o fantasma. Essomesmo yo pienso que Apolino debe ser frenético o loco, si manda vedar el vino a los de su ley, como lo dizen algunos, que, si fuera cuerdo, no lo negara y Trivigante no menos es por ventura cualque necio, pues tiene por mejor la poción del agua que no del mosto cozido. ¿Queréis, señor, que hos diga *la vida es hecha como hombre se la quiere hazer a sabor de su paladar*? Con estas cosas que tengo dichas vos bien podréis de aquí adelante dezir que yo debo de ser cualque herege y hombre sin ley alguna; mas, porque en este cuento no se passe el tiempo en palabras jocosas, hablando de verdad, hos sé dezir que, si bien miráis mi condición y pláticas, veréis que no soy tierra do se planta buena viña. ¿Queréis en fin saber qué secta es la mía? Tened atención a lo que dezirhos quiero; y después bautízame y nómbrame como vos quisiérdes, que yo soy hijo de una monja griega, la cual, siendo cativa en Bu[rs]ia, ciudad de moros, fui en ella engendrado por un grande alfaquí, a quien los cristianos llaman papa o papaso. Y como fuesse creciendo so el poder y criança de mi padre, fue mi primero oficio tañer un laúd, en lo cual me deleitava estrañamente, porque tenía yo presunción de saber cantar aquellas grandes hazañas de Troya y de Aquiles y otras cosas semejantes. Y porque esto parescía virtud, luego fui cansado d'este exercicio y tomé el arco turqueso en las manos, con el cual hazía todo el mal que podía; y tanto que un día, entrando yo en la Mesquita do mi padre estava, lo maté. Y luego, saliéndome de allí, me puse esta cimitarra que traigo colgada de la cinta y empecé de caminar y andar por el mundo, llevando en mi compañía cuantos peccados y tacañerías pueden ser halladas entre turcos

y griegos, de manera que, si en el infierno se hallan solamente siete peccados solos, yo solo traigo en mi pecho encerrados setenta vezes siete peccados mortales, de los cuales, no dexando en ningún tiempo ninguno d'ellos, podéis imaginar y pensar cuántas serán las culpas veniales que yo cada día cometo. Yo pienso que, si el mundo fuesse eterno, todos los moradores d´él no cometerán tantos yerros cuantos yo solo he cometido en mi vida; los cuales traigo en la memoria continuadamente escritos con su rúbrica y alfabeto para mejor recordarlos y obrarlos. Por ende no hos pese de me escuchar un rato y veréis ordenadamente la tela de todo mi vivir. Para lo cual havéis de saber que, mientras yo tengo dinero, jamás me parto de donde jugar los pueda, teniendo por muy amigos a todos aquellos que comigo jugar procuran, jugando noches y días en cualquier lugar y tiempo, que para ella soy llamado, hasta tanto que no sólo he jugado el dinero, ropa y fama, más los pelos de la barba. Assí que mirad si mi compañía desseáis, si hos agrada mi costumbre y no queráis saber lo que sé hazer de un dado: encuentro, relance, gatucia, espuntón, tramesín y otras cosas semejantes, como a dar un dado para ganar con engaño a cuantos comigo se ponen a jugar. Y dexando a parte la mucha malicia del juego, hos quiero contar en qué manera suelo tener untada mi garganta, buscando todas las secretas maneras de potajes que para ello se requieren; es a saber: cómo será más sabroso el faisán e cómo será más aplazible la perdiz de comer, cómo será más deleitable el capón guisado, cómo serán más apetitosas las estarnas; cuáles son mejores los potajes dulces, salados o azedos, que todas estas cosas acrecientan el apetito; de qué parte de la ternera se saca el buen bocado y más sabroso, de qué parte del carnero comer se debe primero, cuáles manjares han de anticipar a otros, finalmente todo aquello que da deleite a la garganta, primero assado o cozido, reboçado, cuál bien cozido, cuál medio assado, cuál con especias, cuál sin ellas, cuál con naranja, cuál con pimienta, cuál con vinagre, cuál con ajo, cuál con tocino, cuál frito con manteca, cuál con azeite, cuál untado en parrillas, cuál en assador relleno; cuántas partes se hazen de una lamprea y en cuántas maneras puede ser guisada, cuántas salsillas son menester para el sollo, cuánta pebrada para el atún fresco, qué escabeche para el besugo, qué salsa para el mero, qué adobo para los lenguados; y, después d'esto, qué vinos son mejores blanco o tinto, cozido, pardillo, aloque, moscatel, griego, malvasía o cervesa, de qué tierras son mejores y qué cosas dan más gana de beber: azeitunas o atún seco, sardinas, anchovas, ensalada, tocino magro, palmitos, alcaparras. No acabaría en un año de te contar las maneras, potajes y guisados que hazía y hago cuando puedo, los cuales aprendí siendo yo mesonero y bodegonero un tiempo en una ciudad llamada Egina. No te sea molesto y enojoso oírme, aunque hasta agora no he llegado a la F de mi abecedario, piensa cuando llegaré al Z que tanto avrás de mi vida escuchado y sabido. No querría deziros cuán amigo soy de rabadilla, que no sólo con los hombres, más con las bestias he usado este oficio. Tampoco quiero deziros la gran pena que por ello merezco, que a dezir la verdad mil hogueras tengo merescidas y soy tan vil en esta suzia costumbre, que donde no puedo poner el rabo, pongo la cola. Por ende pónganme en combite y en semejante dança y fiesta d´esta que tengo dicha y verán qué promptitud y atrevimiento tengo para acometer cualquiera suziedad que me fuere apetitosa o deleitable y lo que mejor en esto tengo, que ni guardo cortesía a amigo ni a enemigo, a pariente ni a

hermano, ni a deudo, ni a otra ninguna persona que no la acometa. Y esto a causa de tener desterrada de mí la vergüença, la cual jamás he podido llevar en mi compañía comigo, que como can rabioso buelvo siete tanto de lo que me enprestan en este officio. Y cuando veo que soy enojoso o lastimero, jamás me faltan mil palabricas alegres y faceciosas, con que procuro provocar a risa al que tengo enojado.

Maravillado se hacía Morgante de oír la mala vida y peccadora qu'este Margute tenía; y más de las suziedades que contava y, de atónito de oír las porquerías, no hablava palabra alguna. Y prosiguiendo Margute en su razonamiento, deleitándole mucho de contar sus viles hazañas, porque tal es la costumbre del vellaco, dezía:

-Si por ventura me preguntan si he tenido ansarones a pasto o, más propiamente hablando, putas en la mancebía, no me lo pregunte nadie, que por la vida no lo diría, porque sé que, aunque lo dixesse, que en vezes he traído mil mugeres al partido, yo sé que no mentiría y no sería creído d´ello. Y a las vezes ponía en semejante monesterio cinco y sacava seis o todas aquellas que en mis manos podían venir; es a saber: moças, mochachas, viejas. Tan gentilmente enbaucava y enlabiava las bovas que de muy abovadas se venían conmigo. Éstas son en suma las tres virtudes cardinales que más en uso he tenido en esta vida como tengo dichas; es a saber: la gula, el rabo y el dado. Por ende conviene que sepáis la cuarta y casi principal de las teologales para bien descoser el saco de mis hazañosas vellaquerías, porque nadie se quexe de mi compañía. Para lo cual havéis de saber que he tenido poca necessidad de traer escalera, aunque algunas vezes he usado d´ella por cometer y hazer los hurtos, que hasta oy tengo hechos y cometidos. Por lo cual he tenido algunas vezes coroça como papa con todas aquellas insignias y señales de oro que suelen hazer en ella. Más herramienta podría mostrar que todos los herreros del mundo saben hazer, ca yo traigo comigo trapañadores, paletillas, limas sordas, ganzuas, puxavantes, boriles, grimaldillas, serresillas, escaleras de soga y de madera portatiles y secretos peales de hierro muy blandos para no ser sentido por dónde passare para hazer más lavor a mi provecho y a costas del caído. Traigo assimesmo huego artificial, que no da de sí luz alguna, antes a mi voluntad se enciende con saliva. Y si me viéssedes solo en una rica iglesia, cuán desembueltamente sé despojar los altares, después de haver abierto el arquilla de las caridades, con todo que de contino procuro que el primero buelo sea en la sacristanía, porque entonces soy buen cristiano, porque luego me abraço con la cruz o cálices y patenas, porque son de plata; y a la postre voy desnudando todos los santos y santas que vestidos hallo, pues desembolver y hurtar la tapicería de un palacio mejor la sé cojer que el mejor repostero del mundo; pues coger la colada, que las mugeres suelen tener tendida a las fuentes y ríos después de limpia, mejor que la más desembuelta y servicial hembra del mundo. Y si yo pensasse ser a cada passo ahorcado, no dexaría de hurtar generalmente a todo el mundo, porque todas las cosas <del> comunes son a todos, aunque principalmente sean de Dios. Y antes que yo robasse assí escondidamente como agora hago, fui malandrín, salteador de caminos, mucho tiempo; y tan plático y cobdicioso era de hurtar, que al más famoso santo del cielo huviera por un cuatrín despojado la camisa. Y por estar más reposado y con menos sobresalto, dexé aquella manera de vivir mal tan públicamente, porque, como dizen, *a ora mala no ladra can*. Sabe Dios que, si mi voluntad

no es agora como entonces tan prompta y aparejada para ello, el desseo no dexa de hazer su oficio como solía, tan inclinado soy en este exercicio que más no puede ser. Otras tres virtudes cardinales me quedan para hazeros manifiestas. Por ende no os sea enojoso oírme. Si yo sé falsar un libro, Dios es testigo, de un X hazer un U, que de la primera pluma no se haría mejor. Ciertamente, si lo viéssedes, juraríades que no se tocó de manos ni menos de cuchillo para hazerlo, porque yo tengo ciertas materiales y polvas que comen la letra sin poner manos en ella. Y no sólo esto, pero quitar y añadir hojas, rehazer la rúbrica, que, sin saber cómo, no solamente veréis trocadas las cuentas, más el título, la cubierta, el nombre y el año cuando se hizo. Juramentos y perjuros no han sido ni son más enojosos para mí de hazer que comer higos muy maduros o cualquier otra fruta sabrosa a mi gusto. Y si me preguntássedes si han sido en provecho de alguno de grado, diría que en daño de todos, de donde se han travado pendencias, que hasta oy no son fenescidas. Cuistiones y enemistades de balde las compro cuando cuestan dineros, cuanto más no costándolos, afirmando con falsos juramentos mil mentiras, de las cuales no se alabe nadie saber ni dezir más que yo he forgicado y dicho. No desseo otra cosa, sino que el mundo y el cielo estuviessen en continuo fuego y guerra y pestilencia, con que a mí no me tocasse cosa alguna. Limosnas, caridades, ayunos como otros hazen escusado, es dezir cuan contrarios son a mi costumbre por ser mi condición tan estraña y aborrescible a todo el mundo, siendo de mi natural tan superbo y tan rixoso, tan embidioso, tan importuno, cual en los peccados y vilezas contadas podéis haver visto, de manera que yo puedo andar por todo el mundo con este sombrero que traigo muy bien echado sobre los ojos por no ser conoscido de todos. Y esto porque ya toda la tierra, por donde he caminado, tiene de mí assaz conoscido, ser yo tan limpia persona como la más suzia carnecería del mundo. Y por esto que, doquiera que passo y ando, dexo rastro como caracol; y lo peor es que de nada me arrepiento, ni de nada me encubro, ni de cosa tengo empacho, ni de mudar lugares, ni leyes, ni amigos, ni tierras, de manera que, doquiera que yo me hallo, procuro solamente mi provecho y el daño de todo el resto. Mucho más tengo que contar de lo que he dicho, lo cual quiero al presente dexar por no hos fatigar más con mi largo razonamiento, por ventura tan enojoso para vuestra condición, cuanto apazible para la mía. Sólo con una cosa doy fin y es que en todo cuanto de mí havéis oído no es el diezmo de lo que veréis en obra, si mi compañía aceptar quisiérdes. Solamente hos doy aviso que en toda mi vida hize traición a ninguno que de mi se fiasse, más yo soy tal y tan bueno que en toda mi vida se fio nadie de mí.

Más de una hora estuvo Morgante atento escuchando a Margute lo que dezía, que jamás partió los ojos de mirar su rostro y hábito ni las orejas de oír sus palabras. (libro II, ff. i$^{v}$-iii$^{v}$).